

ASPECTOS LINGÜÍSTICOS DE LA CULTURA BRASILEÑA

Por VILÉM FLUSSER

La hipótesis siguiente informará el presente artículo: las culturas pueden ser explicadas de forma significativa a partir de la estructura lingüística que formula los pensamientos de quienes en ellas participan. La hipótesis en sí no va a ser discutida. Visto superficialmente, el Brasil es una sociedad de lengua portuguesa. El portugués es la lengua del gobierno, de la imprenta, de la literatura y de la gran mayoría de la población. La diferencia entre el portugués brasileño y el de Portugal es fonética y, parcialmente, léxica, pero no afecta a la estructura. Superficialmente, el Brasil pertenece a la cultura portuguesa. Una consideración más atenta lo desmiente. Elementos indígenas se infiltran en el tejido del portugués y conforman la estructura «lógica» de su discurso. La lengua litúrgica de las religiones africanas (que canalizan la religiosidad de una parte apreciable de la población) es el bantú. Aproximadamente un tercio de la población de San Pablo no habla exclusivamente el portugués en casa. Vastas regiones del Estado están dominadas extraoficialmente por la lengua japonesa. Lo mismo sucede en el Paraná, con el polaco, y en Santa Catarina, con el alemán. En Río Grande del Sur la influencia española, en su modalidad argentina, es grande. Visto más de cerca, el Brasil no es una cultura uniforme. La cultura brasileña es, por el contrario, una búsqueda de síntesis entre elementos divergentes. Tan divergentes cuanto lo son las estructuras de las lenguas portuguesa, tupí-guaraní y japonesa (para citar tres ejemplos). Este

es el desafío a que esta cultura hace frente. Consideremos algunos de sus aspectos y de sus problemas.

El portugués es una lengua latina, es decir, una corrupción bárbara de la lengua romana. Es discursiva y forma sus frases siguiendo el patrón «sujeto-predicado-objeto». Las frases establecen relaciones flexibles entre nombres, son «situaciones» (*Sachverhalte*). El portugués lanza discursivamente una realidad que está formada por situaciones flexibles. Es una realidad-proceso. Por ser latino, el portugués analiza su realidad por medio del verbo *ser*, y no, como, por ejemplo, el alemán, por medio del verbo *werden*, o el checo, por medio del verbo *stát se*. Y por ser latín corrupto, el portugués dobla el verbo *ser* en dos formas adicionales, *estar* y *ficar*, confirmando así un clima específico a su realidad.

Como la mayoría de las lenguas europeas, el portugués se tornó lengua literaria en la Edad Media tardía. En el Renacimiento tardío sufrió una nueva barbarización comparable a aquella por la que pasaron todas las lenguas europeas literarias, después de la caída del Imperio romano. En el sertón brasileño convive con lenguas indígenas y, un poco más tarde, africanas. Quedó dividido en dos niveles. Uno de los niveles se refugiaba en las bibliotecas y academias y de él resultó una lengua alienada de la conversación de la sociedad. El otro nivel se empobrecía, perdía su rigor estructural y de él resultó una lengua inapropiada para un pensamiento disciplinado. Ésta es la razón formal de la inautenticidad de gran parte de las obras que componen la literatura brasileña. Actualmente todavía perduran los dos niveles, pero ahora son fuente de articulación productiva. Volveré al problema.

Las demás lenguas europeas habladas en el Brasil tienen la misma estructura «sujeto-predicado-objeto», aunque con variaciones apreciables. Las realidades que descubren pueden ser intuidas en las formas «tiempo» y «espacio» kantianos, como la portuguesa. Pero estas formas son altamente variables. Para dar un único ejemplo: el verbo en las lenguas eslavas permite flexiones mucho más ricas que en las lenguas latinas. El tiempo es, por lo tanto, una forma de intuición diferente, en polaco, de la forma portuguesa. En idiche, lengua indoeuropea que sintetiza elementos germánicos, eslavos y semíticos, la estructura de la frase es también un *Sachverhalt*, pero el tiempo se empobrece en provecho del espacio y se pierde, en parte,

el aspecto procesal de la realidad. En árabe, lengua semítica, el verbo es una combinación de elementos radicales (aproximadamente «letras») que llega, imperceptiblemente, a constituir nombres. La distinción entre el sujeto y el predicado se torna fluida, y la frase no puede ser ya considerada «situación» en el significado estricto del término. Las formas de intuición kantianas no son rigurosamente aplicables a una realidad que el árabe descubre. El pensamiento árabe no es una razón pura kantiana.

El japonés es oriental, en el sentido de no ser una lengua, sino dos. El japonés hablado es híbrido y combina elementos aglutinantes y aislantes. Decir que sus frases descubren «situaciones», es decir algo carente de significado. Nuestras categorías de conocimiento no pueden ser aplicadas a la realidad japonesa. En su territorio, nuestra lógica no prevalece. El japonés escrito es parcialmente ideográfico (*Kanji*) y parcialmente silábico. La escritura silábica es transcripción de la lengua hablada. Pero la escritura *Kanji* es independiente de la lengua hablada. Es una articulación directa de la realidad y más rica que la articulación hablada. El pensamiento japonés no es discursivo, sino ideográfico, y no puede ser penetrado por el análisis discursivo, sea éste «aristotélico» o «neopositivista». «Sujeto», «objeto» y «predicado», elementos de nuestras situaciones, carecen de significado en aquella realidad. Esto explica, por ejemplo, el Zen, que es, para nosotros, una convergencia del sujeto y del objeto en el predicado. La realidad japonesa es diferente de la nuestra.

No procuraré analizar la estructura de las lenguas indígenas y africanas. Basta decir que no formulan sentencias en nuestro significado del término. Aglutinan palabras con prefijos, sufijos e infijos. Crean realidades compactas e inflexibles. Su pensamiento no es lógico ni argumentativo. Los colonizadores portugueses y los hacendados de los siglos pasados experimentaron vivencialmente cuán impenetrable a argumentos lógicos es esa realidad. Pero el propósito de este artículo no es la discusión de las diferencias estructurales de las lenguas brasileñas. Es otro y, para exponerlo, vuelvo a considerar la división del portugués en los dos niveles mencionados.

El pensamiento oficial brasileño se articulaba, hasta hace muy poco tiempo, en el portugués académico que procuraba negar su

transplante a la circunstancia brasileña. La lengua académica era racional y estéril y contrastaba con la lengua de la conversación general, llena de contradicciones y tensiones internas. Este racionalismo artificial buscaba, en su aislamiento, puntos de contacto con el pensamiento europeo. El positivismo francés representaba un modelo ideal para los intelectuales brasileños alienados de su realidad. Era claro, sistemático, optimista y latino. Era una «Wel-tanschauung» para gramáticos y copistas. En Francia, evidentemente, el positivismo articulaba un aspecto de la lengua francesa. Pero en el Brasil se transformó en monstruo. Nada relacionaba al positivismo con la realidad de la conversación brasileña. Los negros, en los cerros, invocaban a los espíritus de los dioses de la lluvia y de la fertilidad, los habitantes de las ciudades organizaban pro-cesiones que se dirigían a las iglesias barrocas y echaban así las bases de una cultura brasileña. Mientras tanto, los intelectuales bailaban un minué kantiano y organizaban positivamente el sistema educativo, el ejército y el Estado. Así querían mantener «puro» el espíritu de la lengua portuguesa.

En los años 20 del siglo xx surgió una revolución en la cultura brasileña. Para la tesis defendida en este artículo es sintomático que tal revolución fuese lingüística y realizada por escritores. La llamada «semana del 22» es la primera tentativa de articular una cultura auténticamente brasileña. La revolución se halla todavía en curso. Reminiscencias del espíritu positivista perduran. Actualmente están enmascaradas bajo diversos rótulos, entre los cuales pueden ser mencionados «moralismo iluminado», «academicismo», «erudición preciosa» y «marxismo». Pero la escena de la cultura va siendo dominada por las tentativas de articulación de un lenguaje nuevo. «En nuce» se trata de un esfuerzo que tiende a sintetizar las diversas estructuras de las lenguas brasileñas y a crear, así, nuevas realidades con nuevos significados. En otras palabras, se trata de articular una nueva cultura y de dar un nuevo significado a la existencia humana. Consideremos algunos de los problemas que deben ser enfrentados por esta tentativa.

Formalmente el problema es el siguiente: abrir la estructura rígida, discursiva y lógica del portugués académico para permitir la asimilación de elementos extraños. Rasgar el tejido del portugués para permitir la infiltración de otras realidades. Esta tenta-

tiva no es típicamente brasileña. El Occidente todo está, de una manera o de otra, empeñado en la tarea de aflojar la rigidez de su discurso. Las antinomias a que el pensamiento lógico nos conduce fueron claramente demostradas, por ejemplo, por el teorema de Goedel. El pensamiento discursivo no se adapta ya al pensamiento científico y las sentencias de las ciencias exactas se han hecho intraducibles al nivel conversacional de nuestras lenguas. Debido a este divorcio vivimos en un mundo inimaginable. Debemos reformular nuestro pensamiento si queremos escapar a la sensación del absurdo. La tentativa de superación de la estructura de nuestro pensamiento se ha emprendido por diversos lados. El cálculo proposicional, la lógica multidimensional, la prosa de Joyce, la poesía de Pound, la pintura abstracta y la música electrónica son algunos ejemplos de la tentativa.

Pero en el Brasil la misma tentativa asume un aspecto diferente. No se trata aquí de rasgar, tan sólo y negativamente, el discurso. Por el contrario, se trata de incorporar estructuras ajenas al discurso. Tomaré dos ejemplos. El pensamiento tupi-guaraní no se adapta al pensamiento portugués porque formula bloques significativos por medio de *collages* que no cuadran en la sentencia portuguesa. Es preciso forzar el portugués para permitir tales *collages* y rasgar así la sentencia. Expresiones como «nascemorre» (1) o «sagarana» (2) deben permitir la asimilación de expresiones como «Itaquassetuba». Así surgen islas de un significado no-discursivo en el flujo del discurso. A su vez, éste se ve forzado a contornear las islas en busca de su significado. El pensamiento japonés no se adapta al pensamiento portugués porque formula un mosaico significativo mediante la yuxtaposición de ideogramas que no cuadran en la sentencia portuguesa. Es preciso forzar el portugués para permitir tales yuxtaposiciones, y así rasgar la sentencia. Es preciso liberar al portugués de su estructura lineal y abrir las dos dimensiones de la página impresa. El único ejemplo que puedo aducir, en un argumento lineal como lo es este

(1) Expresión acuñada por Haroldo de Campos en uno de sus poemas concretos, (N. DE LA R.)

(2) Título de una obra de João Guimarães Rosa cuya primera edición apareció en 1946. (N. DE LA R.)

artículo, es éste: «Grande Sertão: Veredas» (3). El «:» en la expresión citada es ideográfico y representa un rasgón de la sentenciencia. Este carácter específico de la tentativa brasileña de rasgar el discurso puede ser significativo para todo Occidente. Puede indicar caminos positivos.

Formalmente, por tanto, el problema de la nueva cultura se presenta como la tentativa de superar la estructura discursiva de la lengua portuguesa. Existencialmente, el problema se presenta como la apertura a tipos de vivencia excluidos por la estructura del pensamiento discursivo. Es preciso, por ejemplo, abrirse a la vivencia del arabesco, que es una articulación del fundamento sacro en la forma de la letra. Es preciso abrirse al misterio de la letra que nuestra convivencia con las lenguas semíticas nos proporciona. Es preciso volver a adquirir la sensación cabalística de la realidad. Otro ejemplo: es preciso abrirse a la vivencia de un rollo chino, que es una articulación del fundamento místico en forma de pinceladas. Es preciso abrirse al ritmo del ritmo sin melodía, que nuestra convivencia con nuestra herencia africana nos proporciona. El problema es de apertura, mas no de abandono. Con todo ello es preciso conservar nuestra vivencia accidental de la realidad, que es una vivencia de situaciones articuladas lógicamente. No se trata de abandonar una realidad, sino de enriquecerla. También en el aspecto existencial puede la tentativa brasileña señalar rumbos a Occidente.

Las realizaciones de esta tentativa en pro de un lenguaje nuevo y, por tanto, de una cultura nueva y de un significado nuevo, pueden ser observadas. Son las obras de la nueva literatura y poesía. Son, por traducción a otros niveles lingüísticos, las obras de la pintura, de la escultura y de la música nuevas. Son, en su forma más materializada, las siluetas de Brasilia, de la «skyline» paulista y de los nuevos contornos de Río de Janeiro. Pero estas realizaciones no pasan de ser fenómenos de una superficie modeladora. Mucho más fundamental es la reestructuración de la conversación general en la que se está articulando, precariamente,

(3) Título de un largo relato (1956) de João Guimarães Rosa cuya traducción al castellano, realizada por Ángel Crespo, será editada próximamente por la editorial Seix Barral, S. A. (N. DE LA R.)

algo que podemos llamar, con cierta dosis de optimismo, «pensamiento brasileño». Lo que está surgiendo es una nueva personalidad cultural en el escenario de Occidente. Se caracteriza por su prontitud para la apertura, lo que podría ser definido, por medio de una sentencia negativa, como «falta de preconceptos». Se caracteriza por una tendencia a la experimentación y la improvisación, negativamente definible por los términos de «palpite» y «chute». Se caracteriza por una expansión simultánea hacia todas las dimensiones de un espacio inexplorado, negativamente definible por el término «bagunça». Y esta nueva personalidad es el primer resultado de una revolución del pensamiento portugués que se desestructura para abrirse a las influencias de estructuras diferentes a la suya.

Es muy posible que las tentativas ahora en curso en el Brasil resulten en un fracaso. Se hallan expuestas no sólo a sus defectos internos, sino también a las influencias externas sobre las cuales no puede haber control. Pero es igualmente posible que alcancen su propósito, al menos parcialmente. En este caso, los acontecimientos ahora en curso en el Brasil serían de gran importancia para la cultura occidental, de la cual el Brasil participa. Serían, a largo plazo, tal vez más importantes que los acontecimientos de los Estados Unidos y la Unión Soviética que focalizan la atención de la actualidad. Y ello porque en el Brasil se está procurando un nuevo sentido de la realidad (lo que significa: una nueva fe) para lograr superar la sensación de absurdo que es nuestro clima. Estamos asistiendo aquí, en el Brasil, a los dolores del parto de algo nuevo. Esto confiere un sentido de urgencia a todo lo que hacemos. El parto puede resultar un aborto. Pero, en parte, depende de nosotros evitarlo. Y podemos intentar evitarlo tan sólo de una manera: colaborando en la creación de lo nuevo. Este es nuestro desafío.